



**El médico Félix Henao Toro
en el puerto de La Dorada**

Héctor López López
Nicol Julieth Rodríguez Urrea

El médico Félix Henao Toro en el puerto de La Dorada

Héctor López López*

Nicol Julieth Rodríguez Urrea**

Resumen

En ocasiones aparecen personas destacadas en la historia de un pueblo y la vida de sus habitantes, sin que llegue a ser lo suficientemente valorada y admirada en su momento. Por esta razón, fue importante recuperar la vida y la obra del médico Félix Henao Toro (1900- 1982) a partir de su experiencia profesional acompañado por la hermana María y sus compañeras Carmelitas Misioneras en el puerto de La Dorada, donde conoció las más extravagantes tradiciones y creencias mágicas de sus habitantes, y sin enfrentarse a su cultura, pudo conciliar sus imaginarios con los de la medicina alopática, llegando así a ganarse el cariño y el aprecio de los doradenses, incluso cuando ya no se encontraba en el puerto. Su paso por La Dorada lo marcó profundamente, tanto que hablaba de ella en cualquier lugar donde estuviera. Transmitió sus conocimientos, experiencias y saberes a sus discípulos, fue un ferviente seguidor de José Celestino Mutis (1732-1808) y de los continuadores de su obra en el siglo XX. Una de las personas más cercanas a su vida y su hijo mantienen viva su obra en el Agro Parque Sabio Mutis – Jardín Botánico de Uniminuto.

Palabras clave: Puerto, magia, tradición popular, medicina, Carmelitas Misioneras, empíricos.

Abstract

Sometimes important people appear in the history of a town and the life of its inhabitants, without it being sufficiently valued and admired at the time. For this reason, it was important to recover the life and work of the doctor Félix Henao Toro (1900-1982) from his professional experience in company of the sister María - missionary carmelite- in the port of La Dorada, where he met the most extravagant traditions and magical beliefs of its inhabitants, and without facing their culture, he was able to reconcile his imaginaries with those of allopathic medicine, thus reaching the love and appreciation of the people of Doradens, even when he was no longer in the Port. His passage through La Dorada marked him deeply, so much that he talked about her wherever he was. He transmitted his knowledge, experiences and wisdom to his disciples and was a fervent follower of José

* Doctor H.C. en ciencias sociales, profesor investigador, folclorista, titular emérito en la república del Perú. Fundador y director del Agro Parque Sabio Mutis – Jardín Botánico de Uniminuto.

** Tecnóloga en informática, estudiante de Filosofía. Investigadora del Agro Parque Sabio – Mutis Jardín Botánico de Uniminuto.

Celestino Mutis (1732-1808) and the followers of his work in the 20th century. One of the persons closest to his life and his son keeps his work alive in the Agro Parque Sabio Mutis - Botanical Garden of Uniminuto.

Key words: Port, magic, popular tradition, medicine, Carmelite, empirical.

Introducción

El presente trabajo fue publicado inicialmente con el título de Medicina, Yerbatería y Humanismo en el puerto de La Dorada, en la Revista Nacional del Folclor, y corresponde a la transcripción de una conferencia que se pronunció en Bogotá en 1990 y que, por solicitud de la señora María Cortés de Piñeros y del doctor Daniel Mesa Bernal, se autorizó publicar con algunos pies de página, teniendo en cuenta que se trataba de la síntesis de un trabajo más extenso¹.

Se revisó nuevamente el texto a partir del año 2017, ya que la figura del médico Félix Henao Toro, apareció nuevamente en la investigación que adelanta el médico e historiador Herley Aguirre Serrano de la Universidad Nacional, autor del importante trabajo sobre los “Tiempos difíciles y tiempos nuevos para las tesis de la Facultad de Medicina

(1872 - 1954)”, en el cual se hace referencia a la tesis de Henao Toro sobre los "Trastornos nerviosos de origen vermicular", siendo presidente el doctor Juan N. Corpas, y que al no existir las categorías de "meritoria" o "laureada", fue calificada como "muy bien"². Sin embargo, esta tesis no fue la inicialmente propuesta por el médico, pues su interés era ocuparse sobre la leishmaniasis, trabajo que no tuvo la aceptación de sus profesores³. También el aporte del ingeniero Ramiro Henao Jaramillo -hijo del doctor Félix- fue muy importante, ya que nos suministró varios paquetes de recortes de prensa que había guardado su padre, material que fue expuesto en el Agro Parque Sabio Mutis - Jardín Botánico de Uniminuto, en un mural que llamamos de "el maestro", para reconocer al estudioso, al conservacionista y al divulgador desde la cátedra, de la obra de José Celestino Mutis y sus discípulos.



1 Mural de "el Maestro", Agro Parque Sabio Mutis

¹ López López, 1990

² El acta de grado de médico y cirujano de Henao Toro está fechada el 21 de octubre de 1922 y se encuentra en la tesis del doctor Herley Aguirre Serrano.

³ Entrevista a Henao Toro, en 1970 por Héctor López López.

Sin proponernos, con este mural logramos establecer un diálogo con el público visitante, pues se recuerdan fechas, épocas, lugares, y ante todo se advierte el interés que el médico tenía por los recursos naturales, la antropología y la historia regional. Estudiantes de comunicación social de Uniminuto copiaron los titulares de prensa para documentar uno de sus trabajos, y dos profesionales de La Dorada se tomaron fotografías frente al mural donde se encuentra el retrato del doctor Henao Toro para recordar al médico que le dio el nombre al hospital de La Dorada - Caldas donde ellos habían nacido. Gracias también al apoyo del ingeniero Henao Jaramillo, pudimos reconstruir en el Agro Parque Sabio Mutis el Tesoro de “El Mesuno”, sacar réplicas de las monedas que poseía Henao Toro y escuchar su versión para documentar el hallazgo de un pescador natural de La Mesa, Cundinamarca, quien había sido su paciente en La Dorada. Finalmente, la publicación de la segunda edición de la novela *Eugeni la Pelotari*, considerada como la primera novela psicoanalítica y deportiva en castellano escrita en Colombia, pues como lo afirma en su erudito estudio el doctor Hernando Salazar Patiño:

“Los aspectos psicológicos de la novela son demasiado notorios para no haber sido destacados. La así llamada novela psicológica no había sido cultivada en Colombia y las pocas que se han considerado como tales por los historiadores, aparecieron por los mismos años que la de Henao Toro” (2016, p. 12).

Lo anteriormente expuesto nos motivó a rescatar y completar el estudio publicado sobre el médico Henao Toro, su trabajo y experiencia en La Dorada, además de la vinculación que mantuvo con sus gentes desde la ciudad de Manizales.

En el puerto de La Dorada

La Dorada (Caldas)⁴ se fundó inicialmente en 1886 en el sitio denominado “El Conejo”, cuando Antonio Acosta estableció allí un leñateo y posteriormente se unieron a la obra fundacional Ricardo Mejía y Luis Valdés. Fue elevada a la categoría de municipio mediante la ordenanza número 44 de la Asamblea de Caldas el 26 de abril de 1923.

A este puerto sobre el río Magdalena llegó a finales de la década de 1920 el médico cirujano Félix Henao Toro; allí encontró un poblado en crecimiento que se formaba con familias provenientes del Tolima, Santander, Antioquia y la Costa. No había indígenas, pero era común encontrar personas que huían de la justicia y aquí se refugiaban. La población con la que más contacto se tenía era el puerto de Honda (Tolima). Se podía ver la estratificación de su pequeña sociedad, comenzando por los poseedores de la tierra, principalmente ganaderos, los pescadores y pequeños negociantes que se ubicaban a las orillas del río Magdalena. La familia se desintegraba con mucha facilidad cuando el padre

⁴ Municipio en el Departamento de Caldas. La Dorada se encuentra en la latitud 5.4478302 y longitud -74.6631088, en el hemisferio norte.

abandonaba el hogar, debido entre otras causas, a los cambios económicos y sociales que producía el crecimiento urbano de La Dorada, aumentados con la escasez de los servicios básicos, como asistencia médica, vivienda y educación.

A pesar de su fe católica, solo algunas parejas estaban casadas por la Iglesia, se practicaban poco los sacramentos y no se estudiaba el catecismo de la doctrina cristiana, a diferencia de la tierra natal de Henao Toro y la época de su juventud donde muchas de estas costumbres permanecían vigentes. En cambio, asociaban leyendas y supersticiones que prometían un mundo mejor cuando llegara el milagro del cielo que sería la solución a los problemas terrenales allí existentes, especialmente la pobreza. También encontró que sus pobladores padecían de viruela, paludismo, pián, sífilis, parasitismo, diarrea, tuberculosis y muchos problemas dentales. Las enfermedades como los fenómenos meteorológicos y la mala situación económica eran, según ellos, consecuencias de maldiciones. De suerte que, guiados siempre por la superstición, acudían al curandero en busca de conjuros, bendiciones o riegos para sanarse o ahuyentar la mala suerte.

Ante el médico, su criterio mágico les hacía preguntar por fórmulas secretas o talismanes que creían necesarios o complementarios para el buen resultado de la receta médica. Las frecuentes visiones sobrenaturales que allí se experimentaban eran producto de la religiosidad, la hechicería y la desnutrición que, en conjunto, surtían tales efectos. Henao Toro cuenta al respecto la siguiente anécdota que ilustra muy bien esta situación:

“Un tres de mayo, una niña que se disponía a adornar la cruz con una corona en los alrededores de la charca de Guarinocito⁵, comenzó a delirar y cayó al suelo, gritando que un muchacho muy buen mozo, que era el mismo diablo, le hacía señas para que se fuera con él en una barca de oro y abandonara para siempre la Santa Cruz”.

“El estado de la niña hizo presumir a los vecinos que se trataba de algo grave que le ocurría a la “vidente” y resolvieron llevarle inmediatamente al puesto de salud, en donde me tocó atenderla. La enferma tenía 14 años, fiebre de 40 grados, alucinaciones, inquietud, ansiedad, temblores y espasmos musculares. Hablaba palabras incoherentes, sudaba y tenía los labios resecos por la fiebre. Pero fue mayor la sorpresa que me llevé al otro día, cuando la paciente mejoraba y se me presentó el padre de la niña para preguntarme, no por la salud de su hija que era lo más natural, sino para decirme que si había oído bien claro el lugar que me había señalado la niña en donde se encontraba el tesoro encantado. Le respondí que la niña decía cosas incomprensibles porque estaba muy enferma y necesitaba un tratamiento médico que ya se había iniciado, pero me interrumpió enojado

⁵ Se encuentra en el corregimiento de Guarinocito, del municipio de La Dorada, al suroeste de la cabecera municipal de la cual dista 15km por carretera.

diciéndome que eso que le daba a la niña no era ninguna enfermedad, pues lo que había pasado al pie de la Cruz se venía esperando, ya que en este momento se recibiría el mensaje del más allá con señales precisas del lugar en donde se encuentra el tesoro guardado que nadie ha podido sacar, porque esa plata no era para cualquiera. Era yo entonces, el que había frustrado el hallazgo del tesoro por haber curado a la enferma”. “Lo que debí hacer, según el padre de la niña, era dejarla en su estado de confusión hasta que me señalara el lugar donde se encontraba el tal tesoro que sacaría de pobre a la familia, no importaba que la enferma después de entregar el tan esperado mensaje muriera”.⁶

La historia era contada por Henao Toro en repetidas ocasiones, debido al impacto que había causado en él tan estremecedora situación, y de la que hacía un análisis más profundo para comprender esta ansiedad popular que terminaba afectando a la población. Esto lo evidenciaba afirmando que “el índice de mortalidad infantil era alarmante, debido a que se recurre a métodos mágicos o primitivos para curar a los niños, así como por la creencia popular de que la muerte de un niño sería bien recibida en el cielo, ya que se trataba de un ángel que, desde arriba, protegería a familiares y vecinos que siguen vivos en este valle de lágrimas”⁷. Era problemática para él esta última afirmación, puesto que, si vivimos en un valle de lágrimas, todo está marcado por un sino de desgracia y la vida pierde su propósito optimista de gozo y alegría. Por esta creencia popular, desde el velorio hasta el entierro de un niño se repetía con alegría la frase: “ángeles quiere el cielo”, mientras los concurrentes hombres y mujeres, bailaban, quemaban pólvora y consumían aguardiente, vino de palma o guarapo, haciendo del velorio un motivo de fiesta. Y como un recuerdo grato, se colocaba luego en las paredes de la casa una fotografía del niño muerto en el ataúd, coronado con florecitas de papel, vestido de blanco y las manos puestas en actitud de rezo.

Por el contrario, la muerte de los mayores era motivo de un ceremonial riguroso, lleno de angustia, luto y lágrimas, pues se despedía a un pecador, y desde el mismo día del entierro se daba comienzo a un novenario para pedir por el alma del difunto frente al túmulo de flores y matas que en torno a un crucifijo, formaban un altar justo en el lugar de la casa donde se colocó el cadáver para la velación. Los familiares y amigos portando ramos de flores, acompañaban el féretro hasta el cementerio y durante los primeros días adornaban la tumba con flores, pero luego la abandonaban. El cementerio de los doradenses que Henao Toro conoció en aquella época, era descuidado debido a la baja condición económica de sus habitantes, o por la inestable población flotante del puerto. Posiblemente

⁶ Henao Toro, entrevistado en 1972, 1976 y 1978.

⁷ Henao Toro, entrevistado sobre La Dorada que conoció, Manizales, Caldas, octubre de 1980. Véase su biografía en: Rafael Henao Toro. *Apuntes sobre la historia de la medicina en Manizales*. Imprenta Departamental de Caldas. 1964. P. 186.

también ellos sentían o tenían la misma actitud existente en otras regiones del país con respecto a la muerte a finales del siglo XIX, así expresado en el saber popular:

“¡Ay del que muere! Los vivos hablan de él
por quince días, al mes lo recuerdan pocos
y al año todos lo olvidan”.

El médico no es masón⁸

No faltaron, sin embargo, los obstáculos a las campañas de salubridad emprendidas por Henao Toro dirigidas a la población menos favorecida, ya que, dada su condición de médico libre pensador, era con estas gentes desposeídas con quienes más compartía y a las que brindaba con mayor aprecio sus servicios profesionales. En efecto, ante el doctor Henao Toro se presentó el recién nombrado cura de La Dorada, para ordenarle en nombre del señor Obispo que trabajara en la moralización de la feligresía, ya que las mujeres eran más perversas que los hombres, las personas no iban a la iglesia, había muchos niños sin bautizar y los esposos andaban amancebados, es decir, vivían en unión libre, por lo que al sacerdote se le ocurrió como solución para salvar el puerto de tan malas costumbres, pedirle al médico que se negara a atender a las parejas que no estuvieran casadas por la Iglesia, así como a los no bautizados. Esta absurda solución que presentaba el cura fue rechazada de plano por el galeno, quien con el humor que siempre le caracterizó, despidió al sacerdote en estos términos: “padre, si atiendo únicamente a la gente que usted me señala, nos quedamos sin clientes los dos”. De aquí en adelante, las relaciones entre el médico y el sacerdote no fueron muy cordiales. Los ataques no se hicieron esperar, puesto que el padre comenzó a decirle al pueblo que el nuevo médico era ateo, masón y muy posiblemente comunista, pero el humanismo del primero se impuso sobre el criterio absurdo del segundo, y el médico continuó atendiendo a los enfermos sin prejuicios de ninguna naturaleza.

Estas aseveraciones infundadas las conocieron las hermanas Carmelitas Misioneras, entre las cuales se encontraba la hermana María, quien trabajó en las campañas sanitarias y en el centro médico que lentamente transformaban en hospital. La hermana María comienza entonces a trabajar con el médico, saliendo muchas veces a altas horas de la noche para atender un parto o un enfermo que se encontraba a una considerable distancia del pueblo. Al ver la entrega del médico en bien de los enfermos y las personas más necesitadas, la religiosa pensó que lo que se decía en contra de este no era cierto, por tal motivo colocó en su modesta habitación un pequeño cuadro de santa Teresita del Niño Jesús (1873-1897), misionera por excelencia, para que acompañara a Henao Toro y esperar la reacción de este frente a la imagen religiosa. Pero cuál sería su sorpresa y la de las demás carmelitas, cuando a la mañana siguiente el médico llamó a la hermana María y le dijo: "Yo no quiero que

⁸ En el lenguaje popular del centro del país, el término "masón" hace referencia a una persona atea o descreída.

coloquen en mi pieza a santa Teresita, quiero que coloquen una imagen de santa Teresa de Jesús (1515-1582), doctora de la Iglesia, a quien admiro y respeto profundamente". A partir de este día las cosas cambiaron, pues no había la menor duda de que el médico era un hombre de fe y toda la comunidad Carmelita Misionera de La Dorada estuvo a disposición de sus campañas médicas para erradicar entre otras enfermedades tropicales, primero en el puerto y después en el oriente de Caldas, la fiebre amarilla, el paludismo o malaria, el pián, la leishmaniasis y las parasitosis intestinales. La hermana, que conocía la gente y los problemas de la región, intensificó las visitas a domicilio, animó a los yerbateros o empíricos para que siguieran las recomendaciones médicas, halló nuevas necesidades que trató de solucionar y actuó como enlace entre el médico y los pacientes. En las noches, a la luz de las velas, cuando no estaban evaluando el trabajo o planeando nuevas campañas sanitarias, escribieron cartas a los científicos de la época consultándoles sobre plantas, insectos, culebras venenosas o para comunicarles sus objetivos, logros y hallazgos. Muchas de las orientaciones que recibieron al respecto, sirvieron de apoyo a las campañas de salubridad que emprendió el doctor Henao Toro, quien veía ganar la batalla dura y peligrosa contra estas enfermedades ya que "la fiebre amarilla cedió primero el campo. El paludismo, más resistente, se batía a la defensiva, pero de cuando en cuando volvía a la carga aliado con las lluvias y los calores estivales, poco a poco se le fue desalojando de su último reducto. Se desaguaban lagunas, se rellenaban charcas, se hacía retroceder la exuberante vegetación y se daba al pueblo educación higiénica. Como sucedió en Panamá, en La Habana, en Río de Janeiro, el mosquito transmisor de la fiebre huyó en busca de otra guarida"⁹.

A comienzos de la década de los setenta visitamos a la hermana María, quien se encontraba con otras religiosas de su comunidad en el hospital Santa Teresita de Pácora (Caldas). La hermana estaba encargada de la sección de maternidad y era muy respetada por su labor en este lugar, a pesar de ser una mujer de muy pocas palabras. Darío Isaza, médico del hospital, nos comentó que era una religiosa muy admirada por su entrega al trabajo y que, debajo del escapulario mantenía agujas, y sus manos expelían un olor a alcohol debido a su trabajo en la sala de maternidad. Al entrevistarla personalmente, la hermana María nos confirmó la información suministrada por Henao Toro unos años antes, además, nos contó que a este le llamaban entre la gente de La Dorada el "médico del ferrocarril" por su labor en esta empresa, y que, entre las hermanas de esa comunidad, era conocido como "el buen samaritano". Al despedirnos, la hermana nos entregó una novena al padre Francisco Palau y Quer (1811-1872), para que fuera entregada al médico que seguía siendo gratamente recordado por cuantos le conocieron, incluyéndose ella y sus hermanas carmelitas misioneras.

⁹ Cf. Félix Henao Toro, homenaje a La Dorada, en *Memorias de una ciudad joven* (Monografía de La Dorada). 1979. P. 21.

El acercamiento a los empíricos

La política de acercarse a los empíricos o yerbateros y comadronas fue establecida por el médico desde el primer momento en que se encargó de la salud del puerto, la cual iba dando los resultados esperados, pues se estimulaban los pocos aciertos ante su clientela y eran reivindicados ante la misma, logrando un trabajo conjunto entre los empíricos y el galeno. Así pues, cuando los curanderos reportaban al médico “tratamientos difíciles”, bastaba para que este argumentara que tanto la primera como la segunda parte del tratamiento habían sido bien orientadas. Las comadronas, por ejemplo, consultaban sobre las dificultades de partos o embarazos y los yerbateros informaban acerca de los tratamientos con plantas y drogas, y en algunas oportunidades llevaban hasta el centro de salud a los enfermos cuando la situación se les salía de las manos. Este trabajo con los yerbateros y comadronas fue una estrategia muy bien empleada por Henao Toro y la hermana María para que, sin desmeritar el esfuerzo y conocimiento de estos, los enfermos llegaran al hospital para ser tratados apropiadamente. Así mismo, las plantas o animales venenosos que el galeno encontraba o le llevaban los yerbateros, las despachaba frente a ellos a su profesor, el hermano Apolinar María (1867-1949)¹⁰ en el Colegio de la Salle de Bogotá, para que este las identificara y clasificara, con el fin de que los empíricos se fueran acercando poco a poco al rigor de la ciencia, y en especial, a la buena costumbre de consultar a los especialistas.

Diógenes Escudero

Diógenes Escudero, uno de los primeros yerbateros que colaboró con la hermana María, y después de muchas averiguaciones que este hiciera sobre lo que pretendía Henao Toro, a tenerlos en cuenta en sus campañas “medicinales”, fue presentado al médico y lo invitó a su casa, donde atendía a los enfermos. Una semana después el médico llegó al rancho del yerbatero cerca al río Magdalena “y allí en medio de yerbas y animales mal disecados - afirmaba el doctor Henao Toro- me dijo Diógenes que su padre había trabajado en el ferrocarril y que aprendió medicina por falta de quien atendiera a los habitantes de las orillas del río”, en un comienzo en el puerto de Honda y posteriormente en La Dorada.

Escudero afirmaba que “con la plata que ganó en sus primeros tratamientos, compró en Honda el libro *La Medicina sin el Médico o Manual de Salud*, del doctor Audin Rouviere, editado en París en 1829”. ”Me obsequió este libro -dijo Henao Toro-, porque ya se lo sabía de memoria y, además, porque las enfermedades ya eran otras, pero convencido eso sí, de que mi política de acercamiento hacia él se debía a mis insuficientes

¹⁰ Véase su biografía en López López, H. (1989). Contribución de los lasallistas a las ciencias naturales en Colombia (1st ed.). Bogotá: Fondo FEN Colombia, Editorial Presencia. P. 79-133, donde se encuentran reseñados 278 de sus trabajos.

conocimientos médicos". En la casa del yerbatero, el médico había descubierto que este tenía en su biblioteca varios libros como el que le había regalado, y afirmaba que los empíricos utilizaban esta táctica para darle seguridad a los saberes que habían aprendido de la tradición oral frente a sus pacientes cuando estos encontraran los libros que tenían en su consultorio. Después diría que Diógenes nunca había leído el libro, y que si lo había leído no lo habría podido entender, ya que se trataba de otra epistemología y lenguaje, y solo lo tenía para respaldar sus pocos o muchos conocimientos de la medicina tradicional.

- “Doctor Félix, ¿estos yerbateros se parecían al doctor Churumbela?
- No, me contestó. Churumbela se llamaba Julio Cifuentes Molina, era natural de Victoria (Caldas), y ejercía como dentista empírico o tegua, y no necesitaba mostrar su biblioteca porque había leído mucho.
- ¿Usted lo conoció?
- Sí, en la década del sesenta cuando Churumbela vino a Manizales a visitarme, porque según él, le habían hablado mucho de mí en La Dorada. Y entre su familia tuve algunos pacientes.
- ¿Churumbela se puede considerar un heredero de la generación de yerbateros que usted conoció?
- Sí, aunque don Julio, a quien apodaron Churumbela porque fumaba pipa, era un caso excepcional o pintoresco. Ejercía su cátedra desde el café Colombia de La Dorada y su discurso evidenciaba su vasto conocimiento, a veces extraño al considerar que los tres hombres más grandes de la humanidad eran Jesucristo, don Quijote y José Stalin. A don Quijote lo consideraba un hombre de carne y hueso, no una invención novelesca de Miguel de Cervantes Saavedra”.¹¹

También recordó Henao Toro que luego de una larga conversación que tuvo con Escudero, este le propuso una sociedad para que consiguieran plata. Esta consistía en que el primero pusiera la ciencia y el segundo la magia, pero como no llegaron a ningún acuerdo pese a las insistencias de Escudero en tan fabuloso negocio, finalmente sacó del carriel una oración que llevaba junto con otros papeles amarillentos y le dijo al médico: “usted, doctor, me ha caído tan bien que le voy a regalar esta oracioncita para que le vaya bien en las peleas. Antecitos diga:

San Antonio Tangarife
San Apolinar Quiceno
San Juan del Valle Baeno
Y aventate jijueputa.”¹²

¹¹ Fragmento de entrevista a Henao Toro en 1974; sobre el mismo tema se entrevistó a Iván Danilo Ortiz Vallejo, 2019.

¹² Arturo Escobar Uribe, trae esta oración incompleta y sin las referencias que Henao Toro daba sobre ella, en su libro *Rezadores y Ayudados*. Gráficas Venus. Bogotá, 1967. P. 89.

Unos años después, Diógenes Escudero¹³ recorría los pueblos del oriente de Caldas y norte del Tolima, vendiendo plantas y ungüentos sobre una camilla de lona que doblaba y transportaba con alguna facilidad. Presentaba los productos medicinales en talegos blancos de harina de trigo que enrollaba y desenrollaba para exponer o guardar la mercancía y trasladarla con más facilidad de pueblo en pueblo. Recuerda Henao Toro el siguiente inventario que le vio exhibido en una plaza de mercado del oriente de Caldas:

- Semillas de pino (*cupressus sempervirens*) para preparar baños y lavarse los pies, haciéndose frotaciones.
- Chochos (*Erythrina corallodendron L*), para curar los riñones.
- Palo de la cruz (*Brownea spp*), para estancar las hemorragias causadas por armas cortopunzantes.
- Cáscaras de quina (Rubiáceas), para los fríos, fiebre y el hígado.
- Astillas de cuasia (*Cuassia amara L*), para curar el mal de hígado y quitar las manchas de la piel.
- Bejuco de guaco (Atistoloquias), para la mordedura de la culebra.
- La esponjilla (*Luffa operculata L*), para curar la sinusitis.
- Cáscaras de fruto de granado (*Punica granatum L*), para curar las diarreas.
- Flores de manzanilla (*Anthemis nobilis L*), para los desarreglos estomacales.
- Hojas de alcachofa (*Cynara scolymus L*), para el hígado.
- Extracto de flores de naranjo (Rutáceas), para los nervios.
- Hojas de belladona (*Atropa belladonna L*), para los nervios, asma, tos persistente, y cólicos hepáticos.
- Estigmas de maíz (*Zea mays L*) o pelos de chócolo, para los riñones.
- Corteza de naranjo (Rutáceas), para el hígado.
- Raíz de Ruibarbo (Pologonáceas), para sanar heridas.
- Dientes de ajo en maceración (*Allium sativum L*), para las amibas.
- Raíces de ojo de venado (*Macuna spp*), para combatir la cólera.

El tesoro de “el Mesuno”

La Casa del Padre Rojas fue construida en homenaje al sacerdote Juan Laureano de Rojas, quien, siendo párroco de La Mesa, le cedió a Mutis su "acomodada casa" para que alojara a los miembros de la Expedición Botánica que a ella llegaron el primero de mayo de 1783. Allí, cerca al mural de "el maestro" se encuentra la reconstrucción del hallazgo del tesoro de "el Mesuno", el cual se logró gracias a la información que obtuvimos de viva voz

¹³ Henao Toro, al referirse al origen antioqueño de Diógenes Escudero, afirmaba que en La Dorada se entrelazaban tres troncos étnicos. “De allí que sus habitantes tengan la actividad del antioqueño, la sobriedad de los tolimenses y la constancia de los cundinamarqueses”.

del doctor Henao Toro, quien había sido médico de uno de los pescadores oriundo de La Mesa - Cundinamarca, que había realizado el feliz hallazgo.



2. El Mesuno reconstruido en el Agro parque Sabio Mutis.

El médico y humanista Henao Toro, relató la historia de esta feliz coincidencia para un habitante de La Mesa, en los siguientes términos:

"Un matrimonio procedente de La Mesa (Cundinamarca), en busca de mejores horizontes se estableció entre Honda (Tolima) y La Dorada (Caldas) en inmediaciones del río Magdalena. En una noche de agosto de 1936, un torrencial aguacero hizo que el río se creciera y antes del amanecer, el hombre, como era su costumbre, salió del rancho en busca de la leña que su mujer requería para la cocina. Tras andar un poco por la playa del río, alcanzó a divisar entre rocas y raíces de árboles, un cajón de madera al que le faltaba la tapa; dentro de él y esparcidas sobre la arena, algo brillante llamó su atención, se trataba de monedas de oro de dos escudos, de las cuales obtuve cuatro".¹⁴

Con una de estas monedas, el ingeniero Henao Jaramillo mandó hacer las réplicas de las monedas que existen en el Agro Parque Sabio Mutis - Jardín Botánico de Uniminuto. El Banco de la República, adquirió quinientas de estas monedas, las cuales compró a los

¹⁴ Entrevista a Henao Toro en 1978, Ramiro Henao Jaramillo y Héctor López López.

pescadores y hoy se encuentran exhibidas en regular presentación en La Casa de la Moneda en Bogotá. Las monedas de oro eran de dos escudos, "por un lado tienen las armas reales y por el otro la cruz potenziada, y llevan la siguiente inscripción repartida en las dos caras: PHILIPPVS II. D.G. HISPA NIARVM REX". Fueron acuñadas en Bogotá, como lo atestiguan las letras NRA (Nuevo Reino, y la A debe corresponder al apellido de Anuncibay, uno de los primeros ensayadores), y en algunas aparece el año 1635¹⁵.

El reconocimiento

En 1972 y dentro de los actos que se cumplieron para celebrar los cincuenta años de vida profesional del médico Félix Henao Toro, el concejal de La Dorada, Rodrigo Garavito Hernández entregó al festejado la proposición del Concejo de ese municipio donde lo



3. Félix Henao Toro (1900 - 1982)

exaltaba y ponía como ejemplo a las nuevas generaciones por su vida y obra, destacando la meritoria labor cumplida en la ciudad que recuerda su nombre en el primer centro de salud: Hospital San Félix. Fue este el homenaje que más emocionó al maestro, lo agradeció con interesantes alusiones a La Dorada y a su época de oro, pues estaba consciente de que su trabajo allí no había sido estéril. Recordó entonces que, en los últimos años de la década de los sesenta, se había privado de la libertad a un recetador de yerbas de La Dorada, el cual era denunciado por ejercer de forma ilegal la medicina y a quien se le había confiscado un libro sobre plantas, escrito por el doctor Enrique Pérez Arbeláez¹⁶, y que el juez conservaba como prueba del oficio ilegal por el cual detuvo al yerbatero. La familia del humilde curandero buscó al abogado Víctor Renán Barco (1928- 2009), quien atendió el caso y solicitó la libertad inmediata de su defendido, aduciendo en el memorial que se debería entonces poner tras las rejas al autor del libro, al doctor Enrique Pérez Arbeláez (1896-1972), uno de los más eminentes botánicos de Colombia, sacerdote, fundador del Jardín Botánico de Bogotá y principal continuador de la obra de Mutis en nuestro país. Al recobrar la libertad, el yerbatero le escribió al doctor Henao Toro para contarle lo sucedido ya que: “gracias a Dios, todo se había facilitado

¹⁵ La Revista del Banco de la República del 20 de noviembre de 1936, reseña lo relativo al tesoro de "El Mesuno", del que no había sido posible establecer con exactitud la cantidad encontrada de las monedas de oro de dos escudos acuñadas en Bogotá.

¹⁶ Véase su biografía escrita por Teresa Arango Bueno, en *Pérez Arbeláez*. vol. 1. N° 1. julio de 1985. Publicación del Jardín Botánico de Bogotá "José Celestino Mutis". Pp. 9-15; también Luis María Sánchez López. Diccionario de escritores colombianos. Editorial Plaza y Janés. Bogotá. 1982. pp. 571.

porque fue usted el primero que nos recomendó esta clase de libros, cuando me pidió que dejara los libros rosacruicistas por no ser bien científicos”¹⁷.

Después de haber trabajado en La Dorada, Henao Toro se trasladó a Europa donde estudió enfermedades tropicales en los hospitales de Hamburgo y París. En Madrid, fue alumno de don Gregorio Marañón (1887-1960) durante año y medio, a quien contó todas sus experiencias médicas en el puerto y con quien tuvo gran cercanía entre otras cosas, por su compartida admiración a santa Teresa de Ávila, ya que Marañón tenía en su poder una biblia que perteneció a la santa. El doctor Marañón influyó considerablemente en la vida y obra de Henao Toro y este le guardó gratitud y admiración inextinguibles. A su regreso de Europa, fue nombrado director del servicio médico escolar del departamento de Caldas, jefe de servicio de enfermedades tropicales del hospital municipal y subdirector de higiene del Departamento. Fue cofundador de la Escuela de Bellas Artes de Manizales y profesor de anatomía de esta. Inició las campañas para erradicar el tifo exantemático en el departamento de Caldas, colaboró en la fundación de la Facultad de Medicina de la Universidad de Caldas, habiendo sido su decano dos veces y profesor de parasitología, anatomía, biología y enfermedades tropicales. También fue profesor e investigador de la Universidad Católica de Manizales. Publicó la novela *Eugeni la Pelotari*, considerada como una de las obras de carácter psicoanalítico más interesantes que se hayan escrito en nuestra literatura.

Félix Henao Toro se graduó de médico y cirujano de la Universidad Nacional de Colombia el 21 de octubre de 1922. Pronunció la primera cátedra en la Facultad de Medicina de la Universidad de Caldas, con una bella exhortación a los médicos que han de permanecer toda su vida en continuo aprendizaje, mencionando el epitafio que existe sobre la tumba de Benito Jerónimo Feijoo (1676-1764), donde se lee:

"Yace aquí un estudiante
de mediana pluma y labio
que pretendiendo ser sabio
terminó siendo estudiante"

Desde esta universidad fomentó la investigación científica, con sus enseñanzas y su ejemplo promovió desde la cátedra la curiosidad y el interés por la historia crítica, la antropología y el folclor. Fue un líder intelectual y erudito en muchos campos del saber. Murió en Manizales el 3 de septiembre de 1982 y el Servicio de Salud de Caldas creó la medalla "Félix Henao Toro", máxima distinción con la cual se condecora a las personas que hayan realizado trabajos importantes a nivel departamental para el mejoramiento de la prestación de servicios médicos.

¹⁷ Archivo epistolar del doctor Félix Henao Toro.

Bibliografía

Barriga Villalba, A. (1969). Historia de la Casa de La Moneda. Bogotá: Banco de la Republica, Pp. 54-55.

Coordenadas de La Dorada, Caldas. Retomado de:
<https://www.geodatos.net/coordenadas/colombia/caldas/la-dorada>

El corazón de Colombia, retomado de: <http://www.ladoradacaldas.com.co/>

Escobar Uribe, A. Rezadores y ayudados. Gráficas Venus. Bogotá, 1967. Pp. 89.

García Barriga, H. (1992). Flora Medicinal de Colombia, Tomo I. 2ª ed. Bogotá: Tercer Mundo Editores.

García Barriga, H. (1992). Flora Medicinal de Colombia, Tomo II. 2ª ed. Bogotá: Tercer Mundo Editores.

García Barriga, H. (1992). Flora Medicinal de Colombia, Tomo III. 2ª ed. Bogotá: Tercer Mundo Editores.

Henao Toro R. (1964). Apuntes sobre la historia de la medicina en Manizales. Imprenta Departamental de Caldas. Pp. 186.

Henao Toro, F. (1979). Homenaje a La Dorada. En: Memorias de una ciudad joven (Monografía de La Dorada). Pp. 21.

Henao Toro, F. (2016). Eugeni, la pelotari. 2ª ed. Manizales: Universidad de Caldas.

López López, H. (1990). Medicina, yerbatería y humanismo en el puerto de La Dorada. Nueva Revista Colombiana del Folclor, 2. Pp. 41-49.

López López, H. (1989). Contribución de los lasallistas a las ciencias naturales en Colombia. 1ª ed. Bogotá: Fondo FEN Colombia, Editorial Presencia.

Marañón, G. (1962). Las ideas biológicas del padre Feijoo. Madrid: Espasa-Calpe.

Pérez Arbeláez E. vol. 1. N° 1. julio de 1985. Publicación del Jardín Botánico de Bogotá José Celestino Mutis. Pp. 9-15.

Pérez Arbeláez, E. (1978). Plantas útiles de Colombia. 3ª ed. Bogotá: Litografía Arco.

Sánchez López, L. Diccionario de escritores colombianos. Editorial Plaza y Janés. Bogotá. 1982. Pp. 571.